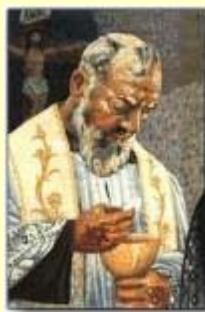


EL CAMINO DE LOS SANTOS



BIOGRAFIA DE LAS VIDAS EJEMPLARES

NUESTRO BUEN SANTO EL PADRE PÍO DE PIETRELCINA 23 DE SEPTIEMBRE



“Jesús sea el consuelo, el sostén y la recompensa en el tiempo y en la eternidad bienaventurada, no sólo para mí, sino también para todas aquellas almas a quienes yo quiero con ternura paternal” (P. Pío)

Biografía

El Padre Pío de Pietrelcina que se llamó Francesco Forgione, nació en Pietrelcina, en un pequeño pueblo de la provincia de Benevento, el 25 de mayo de 1887. Nació en una familia humilde donde el papá Grazio Forgione y la mamá Maria Giuseppa Di Nunzio ya tenían otros hijos.

Herederero espiritual de San Francisco de Asís, el Padre Pío de Pietrelcina ha sido el primer sacerdote en llevar impreso sobre su cuerpo las señales de la crucifixión. Él ya fue conocido en el mundo como el "Fraile" estigmatizado. El Padre Pío, al que Dios donó particulares carismas, se empeñó con todas sus uerzas por la salvación de las almas. Los muchos testimonios sobre su gran santidad de Fraile, llegan hasta nuestros días, acompañados por sentimientos de gratitud. Sus intercesiones providenciales cerca de Dios fueron para muchos hombres causa de sanación en el cuerpo y motivo de renacimiento en el Espíritu.

Desde la tierna edad Francesco experimentó en sí el deseo de consagrarse totalmente a Dios y este deseo lo distinguiera de sus coetáneos. Tal "diversidad" fue observada de sus parientes y de sus amigos. Mamá Peppa contó - "no cometió nunca ninguna falta, no hizo caprichos, siempre obedeció a mí y a su padre, cada mañana y cada tarde iba a la iglesia a visitar a Jesús y a la Virgen. Durante el día no salió nunca con los compañeros. A veces le dije: "Franci sal un poco a jugar. Él se negó diciendo: no quiero ir porque ellos blasfeman". Del diario del Padre Agostino de San Marco in Lamis, quien fué uno de los directores espirituales del Padre Pío, se enteró de que el Padre Pío, desde el 1892, cuando apenas tenía cinco años, ya vivió sus primeras experiencias carismáticas espirituales. Los Éxtasis y las apariciones fueron tan frecuentes que al niño le pareció que eran absolutamente normales.

Con el pasar del tiempo, pudo realizarse para Francesco lo que fue el más grande de sus sueños: consagrar totalmente la vida a Dios. El 6 de enero de 1903, a los dieciséis años, entró como clérigo en la orden de los Capuchinos.

Fue ordenado sacerdote en la Catedral de Benevento, el 10 de agosto de 1910. Tuvo así inicio su vida sacerdotal que a causa de sus precarias condiciones de salud, se desarrollará primero en muchos conventos de la provincia de Benevento. Estuvo en varios conventos por motivo de salud, luego, a partir del 4 de septiembre de 1916 llegó al convento de San Giovanni Rotondo, sobre el Gargano, donde se quedó hasta el 23 de septiembre de 1968, día de su sentida muerte.

En este largo período el Padre Pío iniciaba sus días despertándose por la noche, muy antes del alba, se dedicaba a la oración con gran fervor aprovechando la soledad y silencio de la noche. Visitaba diariamente por largas horas a Jesús Sacramentado, preparándose para la Santa Misa, y de allí siempre sacó las fuerzas necesarias, para su gran labor para con las almas, al acercarlas a Dios en el Sacramento Santo de la Confesión, confesaba por largas horas, hasta 14 horas diarias, y así salvó muchas almas.

Uno de los acontecimientos que señaló intensamente la vida del Padre Pío fue lo que se averiguó la mañana del 20 de septiembre de 1918, cuando, rogando delante del Crucifijo del coro de la vieja iglesia pequeña, el Padre Pío tuvo el maravilloso regalo de los estigmas. Los estigmas o las heridas fueron visibles y quedaron abiertas, frescas y sangrantes, por medio siglo. Este fenómeno extraordinario volvió a llamar, sobre el Padre Pío la atención de los médicos, de los estudiosos, de los periodistas pero sobre todo de la gente común que, en el curso de muchas décadas fueron a San Giovanni Rotondo para encontrar al santo fraile.

En una carta al Padre Benedetto, del 22 de octubre de 1918, el Padre Pío cuenta su "crucifixión": "¿Qué cosa os puedo decir a los que me han preguntado como es que ha ocurrido mi crucifixión? ¡Mi Dios que confusión y que humillación yo tengo el deber de manifestar lo que Tú has obrado en esta tu mezquina criatura!

Fue la mañana del 20 del pasado mes (septiembre) en coro, después de la celebración de la Santa Misa, cuando fui sorprendido por el descanso en el espíritu, parecido a un dulce sueño. Todos los sentidos interiores y exteriores, además de las mismas facultades del alma, se encontraron en una quietud indescriptible. En todo esto hubo un total silencio alrededor de mí y dentro de mí; sentí enseguida una gran paz y un abandono en la completa privación de todo y una disposición en la misma rutina.

Todo esto ocurrió en un instante. Y mientras esto se desarrolló; yo vi delante de mí un misterioso personaje parecido a aquél visto en la tarde del 5 de agosto. Éste era diferente del primero, porque tenía las manos, los pies y el costado que emanaban sangre. La visión me aterrorizaba; lo que sentí en aquel instante en mí; no sabría decirlo. Me sentí morir y habría muerto, si Dios no hubiera intervenido a sustentar mi corazón, el que me lo sentí saltar del pecho.

La vista del personaje desapareció, y me percaté de que mis manos, pies y costado fueron horadados y chorreaban sangre. Imagináis el suplicio que experimenté entonces y que voy experimentando continuamente casi todos los días. La herida del corazón asiduamente sangra, comienza el jueves por la tarde hasta al sábado. Mi padre, yo muero de dolor por el suplicio y por la confusión que yo experimento en lo más íntimo del alma. Temo morir desangrado, si Dios no escucha los gemidos de mi pobre corazón, y tenga piedad para retirar de mí esta situación...."

Por años, de cada parte del mundo, los fieles fueron a este sacerdote estigmatizado, para conseguir su potente intercesión cerca de Dios. Cincuenta años experimentados en la oración, en la humildad, en el sufrimiento y en el sacrificio, donde para actuar su amor, el Padre Pío realizó dos iniciativas en dos direcciones: un vertical hacia Dios, con la fundación de los "Grupos de ruego", hoy llamados "grupos de oración" y la otra horizontal hacia los hermanos, con la construcción de un moderno hospital: "Casa Alivio del Sufrimiento."

En septiembre los 1968 millares de devotos e hijos espirituales del Padre Pío se reunieron en un congreso en San Giovanni Rotondo para conmemorar

juntos el 50° aniversario de los estigmas aparecidos en el Padre Pío y para celebrar el cuarto congreso internacional de los Grupos de Oración. Nadie habría imaginado que a las 2.30 de la madrugada del 23 de septiembre de 1968, sería el doloroso final de la vida terrena del Padre Pío de Pietrelcina. De este maravilloso fraile, escogido por Dios para derramar su Divina Misericordia de una manera tan especial.

Los Milagros del Padre Pío

Es muy difícil establecer una definición para la palabra "milagro". Los Milagros son considerados expresiones de lo sobrenatural. También nosotros podemos decir que un milagro es un fenómeno que ocurre distinto de las leyes naturales y obedecen a una fuerza más avanzada: ¡la voluntad de Dios!

Toda la vida del Padre Pío estaba llena de milagros, pero nosotros tenemos que prestar atención a la naturaleza del milagro que siempre es divino. De esta manera, el Padre Pío siempre convidó a las personas a darle gracias a Dios, verdadero autor de todo milagro.

Un milagro que se ha atribuido como el primero del Padre Pío ocurrió en 1908. En ese momento él vivía en el convento de Montefusco. Un día en que él fuè al bosque a coleccionar los alazanes en una bolsa; Él quiso enviársela en Pietrelcina a su tía Daría. Ella siempre había sido muy afectuosa con él. La mujer recibió y comió los alazanes y guardó la bolsa de recuerdo. Tía Daría días después, estaba buscando algo en un cajón dónde su marido normalmente tenía polvo. Era de noche, y ella se alumbraba con una vela, cuando de repente; el cajón se incendió. Tía Daría fuè alcanzada por el fuego. En un instante, ella agarrò la bolsa que contuvo los alazanes del padre Pío y se la puso en la cara. Inmediatamente, su dolor desapareció y ninguna herida o marca de la quemadura permanecían en su cara.

Durante la segunda guerra mundial, en Italia, el pan se racionó. En el convento del Padre Pío había siempre muchos invitados más los pobres que siempre iban allí pidiendo comida. Un día los Frailes se encontraron con que apenas tenían dos libras aproximadamente de pan. Todos los hermanos oraron antes de sentarse a comer. El Padre Pío entró en la Iglesia, y rato después regresó con muchísimo pan en sus manos. El Superior le preguntó al Padre Pío: "¿Dónde usted ha encontrado pan?" El Padre Pío contestó: "me los diò un peregrino en la puerta". Nadie habló, pero todos pensábamos que sólo el Padre Pío podía encontrar a ese peregrino.

Una vez en el convento del Padre Pío, un fraile se olvidó de organizar el personal para la Sagrada Comunión. Por esta razón habían solamente unas pocas personas disponibles. Pero después que terminó de confesar; el Padre Pío organizó a las personas para impartir la Sagrada Comunión; y permaneciendo en el servicio, fueron mucho más de las que anteriormente habían.

Una hija espiritual del Padre Pío estaba leyendo una carta del Padre Pío en el borde del camino. El viento se llevó la carta, hasta el declive de un prado. La carta ya estaba lejos, cuando de pronto se detuvo, debajo de una piedra. De esta manera la mujer pudo recuperar su carta. El día, en que después ella encontró al Padre Pío éste le dijo: "Usted tiene que prestar más atención al viento la próxima vez. Si yo no hubiera puesto mi pie en la carta, ésta se hubiera perdido."

La señora Cleonice, hija espiritual del Padre Pío dijo: - "Durante la segunda guerra mundial mi sobrino estaba prisionero. Nosotros no habíamos recibido noticias durante un año; y creíamos que él estaba muerto. Sus padres pensaban lo mismo. Su madre fue un día a ver al Padre Pío y se arrodillaba delante del fraile que estaba en el confesionario. "Por favor Padre, dígame si mi hijo está vivo. Yo no me marcharé, hasta que UD no me conteste". El Padre Pío simpatizó con ella y teniendo piedad de sus lágrimas le dijo: "Levántese, y quédese tranquila". "Días después yo no resistía el dolor que los padres estaban sufriendo, por lo que yo decidí pedirle un milagro, al Padre Pío. Yo dije fielmente: "voy a escribir una carta a mi sobrino Giovannino. Solamente

escribiré su nombre en el sobre, porque nosotros no sabemos donde está. Usted y su Ángel Guardián llevarán le llevarán la carta. "El Padre Pío no contestó, yo escribí la carta, y la dejé en mi mesa de noche, para por la mañana siguiente entregarla al Padre Pío. Para mi gran sorpresa, asombro y miedo; la carta se desapareció. Inmediatamente le di gracias al Padre Pío y él me dijo: "Dé sus gracias a Nuestra Señora". Casi quince días después nuestro sobrino contestó la carta. Entonces todos en nuestra familia estábamos contentos; y dando gracias a Dios y al Padre Pío."

Durante la segunda guerra mundial, el hijo de la señora Luisa; Oficial de la Marina Real Británica, era motivo de angustia para su madre; pues ésta oraba todos los días por la conversión y la salvación de su hijo. Un día llegó un peregrino inglés a San Giovanni Rotondo, y trajo algunos periódicos ingleses. Luisa quiso leerlos. Ella leyó la noticia del hundimiento del barco en que su hijo viajaba Llorando va a ver al Padre Pío quien la consoló inmediatamente: ¿Quién le ha dicho que su hijo está muerto? De hecho, el Padre Pío; le pudo explicar exactamente el nombre y la dirección del hotel en dónde estaba su hijo, después de que él escapó del naufragio en el Atlántico. Él se acomodó en ese Hotel, mientras esperaba un nuevo cargo. Inmediatamente Luisa le envió una carta; y a los 15 días, su hijo le respondió.

Había una mujer tan noble y buena en San Giovanni Rotondo que el Padre Pío dijo que era imposible, de encontrar cualquier falta en su alma, para perdonar. En otros términos; ella vivió para ir al cielo. Al final de la Cuaresma, Paolina, estaba tremendamente enferma. Los doctores no daban esperanzas. Su marido y sus cinco niños fueron al convento a orar al Padre Pío y pedirle ayuda. Dos de los cinco niños tiraron del hábito del Padre Pío y lloraron. ¡Pío Padre se perturbó; e intentó consolarlos y prometió orar por ellos, nada más! Algunos días después, al principio de la Séptima hora, las cosas cambiaron. De hecho él pidió por Paulina, para que sanara y dijo a todos: "Ella se recuperará el Día de Pascua. Pero durante el viernes santo, Paolina perdió la conciencia, y el sábado entró en estado de coma; finalmente, después de algunas horas Paolina murió. Algunos de sus parientes tomaron su traje de novia para ponérselo según una vieja tradición. Otros parientes corrieron al convento para pedirle un milagro al Padre Pío. Él les contestó: "Ella resucitará" y fuè al altar para dar la Santa Misa. Cuando el Padre Pío empezó a cantar el Gloria y el sonido de las campanillas que anuncian la resurrección de Cristo, la voz del Padre Pío rompió en llanto y sus ojos estaban llenos de lágrimas. En el mismo momento Paolina resucitó y sin ninguna ayuda ella bajó de la cama, ella se arrodilló y oró tres veces el Credo. Luego se levantó y sonrió. "Ella resucitó". De hecho el Padre Pío no había dicho, "ella se recuperará" sino "ella resucitará". Cuando le preguntaron, que le pasó durante el tiempo que ella estaba muerta; contestó: "Yo subí, subí, subí; hasta que entré en una gran luz, y de pronto regresé.

Testimonio de una madre: "Mi primera hija, nació en 1953; el Padre Pío, le salvó la vida en forma repentina y milagrosa, hacen 18 meses. En la mañana del 6 de enero de 1955 mi marido y yo estábamos en la iglesia para asistir a la Santa Misa y nuestra hija estaba en casa con su abuelo. Repentinamente aconteció un accidente, y nuestra hija se quemó con una olla de agua caliente. La quemadura era tan grande como grave; le abarcaba desde el estómago hasta la parte de atrás. El doctor recomendó hospitalizarla inmediatamente; porque podía morir debido a su estado de suma gravedad... Por esta razón él no nos dio ninguna medicina. Desesperada al ver moribunda a mi hija, en lo que el doctor se fuè; invoqué fuertemente al Padre Pío, que interviniera urgentemente, mientras me preparaba para llevarla al hospital, ya casi era la hora del medio día; cuando de pronto la niña que estaba sola en su cuarto me llamó "Mamá, mamá, ya no tengo ninguna herida". ¿Y quién ha desaparecido tus heridas, pregunté asustada y con gran curiosidad? Ella contestó. "mamá el Padre Pío vino, él sanó mis heridas poniendo sus manos llagadas sobre mi quemadura". Para asombro de todos, realmente no había ninguna seña ni marca de que hubiera alguna quemadura; el cuerpo de mi hija estaba completamente sano, y pensar que unos minutos antes el medico la desahució.

Los campesinos de San Giovanni Rotondo recuerdan con gran alegría el evento siguiente. Era en primavera, florecieron los árboles de almendras

prometiendo una buena cosecha. Pero desgraciadamente millones de orugas voraces llegaron y devoraron las hojas y las flores. No dejaron ni siquiera la cáscara. Después de dos días y después de intentar detener esa invasión, los campesinos estaban muy preocupados, ya que para muchos de ellos las almendras eran el único recurso económico - decidieron contarle al Padre Pío el problema. El Padre Pío tenía una hermosa vista de los árboles a través de su ventana en el convento y decidió bendecirlos. Se puso las sagradas vestiduras y empezó a orar. Cuando terminó, tomó el agua bendita e hizo la señal de la Cruz en el aire, en dirección a los árboles. De inmediato desaparecieron las orugas, y al día siguiente de que las orugas habían desaparecido, los árboles de almendras, parecían nuevamente tener los retoños. Era un desastre; la cosecha estaba perdida. ¡Lo que pasó luego es realmente increíble! Teníamos de repente la cosecha más abundante; ¿Cómo es posible que tuviéramos una cosecha más abundante que las que normalmente teníamos? Antes nunca, en tiempos normales habíamos tenido una cosecha así. Los científicos nunca han podido dar una explicación a éste fenómeno.

En el jardín del convento habían varios tipos de árboles; los cipreses, algunos de fruta y algún pino. Sobre todo por las tardes de verano, el Padre Pío disfrutaba del clima, en la sombra, junto con sus amigos, y algún invitado, Una vez cuando el Padre Pío estaba hablando con algunas personas, repentinamente muchísimos pájaros comenzaron a cantar y a hacer ruido a la sombra de los árboles. Los pájaros habían compuesto una sinfonía allí; Mirlos, gorriones, y otras especies. El Padre Pío se molestó por la sinfonía, y mirando a los pájaros les dijo: "silencio " En ese mismo instante, los pájaros, los grillos y las cigarras se quedaron callados. ¡Las personas que estaban en el jardín, se encontraban profundamente sorprendidas! De hecho el Padre Pío había hablado a los pájaros, al igual que San Francisco.

Otro testimonio, de un señor que contó: "Mi madre vino de Foggia y era una de las primeras hijas espirituales del Padre Pío. Ella le había pedido al Padre Pío la conversión y protección de mi padre"; cuando en abril de 1945 lo iban a fusilar. Él se encontraba delante del pelotón de fusilamiento; cuando de pronto vió al padre Pío delante de él para protegerlo. El comandante del pelotón dió la orden de disparar; pero ningún tiro se disparó de los rifles que lo apuntaban Los siete miembros del pelotón y su comandante, sorprendidos, verificaron sus rifles y no encontraron ningún problema. Así que el pelotón; apuntó de nuevo a mi padre, y el comandante pidió a sus soldados; disparar de nuevo, Y nuevamente ocurre lo mismo. Los rifles no funcionaron. Esta realidad misteriosa e inexplicable interrumpió la ejecución. Mi padre regresó a casa y se convirtió, recibió los santos sacramentos en San Giovanni Rotondo cuando fué a agradecer al Padre Pío. De esta manera mi madre obtuvo los milagros que ella siempre había pedido al Padre Pío: ¡la conversión de su marido!

Testimonio del Padre Honorato: "Yo fui a San Giovanni Rotondo con un amigo en motocicleta. Llegué al convento algunos minutos antes del mediodía. Dando mis respetos al superior, me dirigí al confesionario a saludar al Padre Pío y besar su mano. Debe tenerse en cuenta que mi modelo de motocicleta se llamaba "avispa". Al verme el Padre Pío me dijo: "Muchacho, ¿la "avispa" lo pinchó? " Yo estaba bastante sorprendido: de hecho el Padre Pío no me había visto cuando llegué al convento, pero él sabía qué tipo de transporte yo usaba. La mañana siguiente de que nosotros dejamos a San Giovanni Rotondo con mi "avispa" y partimos a San Miguel, el pueblo cercano a San Giovanni Rotondo. El tanque de gasolina iba vacío, por lo que nosotros decidimos llenarlo en Monte San Angelo. Pero en cuanto nosotros alcanzáramos ese pueblo pequeño se nos presentó un problema: todas las bombas de gasolina estaban cerradas. De manera que decidimos regresar a San Giovanni Rotondo. Realmente nosotros esperamos encontrar a alguien en el camino que pudiera darnos un poco de gasolina. En primer lugar yo estaba angustiado por mis hermanos del convento, porque iba a llegar tarde a la hora del almuerzo; cosa que no es gentil... Pero sin la gasolina, a los pocos kilómetros, la moto empezó a hacer ruido y se detuvo. Verificamos el tanque, y estaba vacío. Con tristeza le dije a mi amigo, que teníamos sólo diez minutos para llegar al convento y almorzar con nuestros hermanos. No encontrábamos ninguna solución, y por esta razón, mi amigo, dió un puntapié al pedal. ¡Increíble! ¡La motocicleta arrancó de nuevo! Emprendimos inmediatamente el viaje a San

Giovanni Rotondo sin preguntarnos la razón de porque la motocicleta había arrancado sin gasolina. Cuando llegamos a mitad del convento la motocicleta paró de nuevo. Destapamos el tanque y vimos que todavía estaba seco. Asombrados miramos nuestros relojes: era diez minutos antes de la hora del almuerzo. Significaba que nosotros, habíamos cubierto quince kilómetros en un promedio de 180 kilómetros por hora. ¡Sin la gasolina! Yo entré al convento mientras los hermanos estaban bajando para el almuerzo, y cuando fui a buscar al padre Pío, éste; se quedó mirándome y se reía.

En mayo de 1925. María tenía su bebé enfermo de nacimiento. María estaba muy angustiada por su bebé. De hecho, después de una visita médica, le dijeron que su niño tenía una enfermedad muy complicada. No había esperanzas para él: jamás se podría recuperar. María decidió ir en tren a San Giovanni Rotondo. Ella vivía en un pueblo pequeño al sur de Puglia, pero escuchando los milagros del Padre Pío, del fraile que tenía los estigmas de Jesús y que hacía milagros, a los enfermos y daba esperanza a los desgraciados; surgió en ella una gran fe e inmediatamente se fue de viaje, pero durante el trayecto el bebé se murió. Ella había vigilado su cuerpecito toda la noche, y lo puso en la maleta y la cerró... Al día siguiente de ver morir a su hijo, estaba en el convento de San Giovanni Rotondo. ¡Ya no había ninguna esperanza! El niño estaba muerto. Pero María no había perdido su fe. Por la tarde estaba delante del Padre Pío. Se encontraba en la fila de la confesión y tenía en sus manos la maleta que contenía el cadáver de su hijo. Se había muerto veinticuatro horas antes. Se arrodilló delante del Padre Pío y lloró desesperadamente suplicándole ayuda. Él la miró profundamente. La madre abrió la maleta, y le mostró el cadáver de su hijo al Padre Pío. El pobre Padre se condolió hasta las entrañas por el dolor de ésta madre. Tomó el pequeño cuerpo y puso sus manos estigmatizadas en su cabeza, y entonces oró mirando al cielo. Después de un rato, la pobre criatura estaba viva de nuevo. Un gesto, un movimiento de los pies, los brazos... parecía dormido y simplemente se despertó después de un sueño largo. Hablando a la madre le dijo: "¿Mima, por qué usted está llorando? Su hijo está durmiendo " La madre y los gritos de la muchedumbre llenaron la iglesia. ¡Todos hablaban sobre el gran milagro!

Un ingeniero decidió quedarse hasta tarde en el convento, pero cuando decide irse comenzó a llover... Así que él le dijo al Padre Pío: "Yo no tengo ningún paraguas " "¿Podría quedarme aquí hasta por la mañana? Si no, me mojaré." - "Yo lo siento mi estimado, no es posible. ¡Pero no se preocupe! ¡Yo lo acompañaré! "le contestó el Padre Pío. Pero el ingeniero pensó que habría sido mucho mejor no hacer esa penitencia, sin embargo, podría ser menos riguroso con la ayuda del Padre Pío. Se puso su sombrero, y empezó a caminar dos millas entre el convento y el pueblo. Pero en cuanto él salió vió con sorpresa que ya no estaba lloviendo. Simplemente había un pequeño rocío cuando llegó a su casa. "Mi Dios", la mujer exclamó, cuando abrió la puerta "Usted también debe estar mojado hasta los huesos" "en absoluto" el ingeniero contestó - "no está lloviendo". Los campesinos que estaban enmudecen: "¿Qué! ya no está lloviendo? ¡Está vertiendo! ¡Escuche! "ellos abrieron la puerta de nuevo y estaba lloviendo demasiado fuerte Y le contaron que había estado lloviendo durante una hora sin interrupción. "¿Cómo usted pudo venir sin mojarse? Ellos le preguntaron. El ingeniero contestó: "El Padre Pío me dijo, que me acompañaría"; entonces, los campesinos comprendieron que había sido un milagro más del Padre Pío. "Ahora todo está claro, y se encontraron en la cocina para cenar cuando la mujer dijo: "Con seguridad la compañía del Padre Pío es mucho mejor que un paraguas "

Un señor de Ascoli Piceno (una ciudad italiana) dijo: "Hacia el fin de los años 1950, yo fui a San Giovanni Rotondo con mi esposa, a la confesión, y antes de que yo recibiera la absolución, después del consejo del Padre Pío y efectuada la penitencia. Por la tarde estaba todavía en el convento y el Padre Pío me vió de nuevo y me dijo: ¿Usted todavía está aquí? "Mi ratón no arrancó" le contesté: ¿Qué es exactamente el ratón? el Padre Pío preguntó "Es mi automóvil" contesté. "Vamos y démosle una mirada" me dijo. Él me invitó a dejar el monasterio, cosa que nosotros hicimos sin ningún problema. Nosotros viajamos toda la noche y por la mañana siguiente, lo llevé al mecánico. Quién me dijo, después del chequeo; que el sistema eléctrico del automóvil estaba descompuesto. Y él no me creyó cuando le dije que yo había

viajado con el automóvil toda la noche. De hecho era imposible cubrir doscientas millas, entre San Giovanni Rotondo y Ascoli Piceno, con el carro en aquél estado, entonces yo comprendí que el Padre Pío me había ayudado, yo le agradecí en mi mente, y estoy seguro que me ha escuchado.

Testimonio de una buena mujer pero algo tímida. Nunca era necesario repetir la misma frase al Padre Pío. Bastaba con pedírselo mentalmente. El esposo de esta buena mujer se encontraba muy enfermo. Ella corre al convento en busca de ayuda. Pero no sabía como localizar al Padre Pío, pues para una confesión, había que esperar hasta 3 días. Así durante la Santa Misa ella estuvo todo el tiempo de pie y caminaba de un lado al otro de la Iglesia. Finalmente decidió decirle su problema, y pidió en ese instante la ayuda del Padre Pío a Nuestra Señora. Así, al final de la Santa Misa, cruzó nuevamente la iglesia para hablar con él... Finalmente ella logró alcanzar el corredor por donde el pasaría. En cuanto el padre Pío la miró, le dijo: "mujer que poca fe, ¿cuándo usted pedirá mi ayuda finalmente? ¿Usted piensa que yo soy sordo? Usted ya me lo ha dicho cinco veces, cuando usted estaba delante de mí, detrás de mí, a mi derecha y a mi izquierda. ¡Yo entendí! ¡Yo entendí! ¡Vaya a su casa! Todo está bien. Cuando llegó a su casa; su esposo estaba completamente sanado.

Un señor de Foggia (Italia), tenía 62 años en 1919 y caminaba sosteniéndose con dos muletas; pues en un accidente se fracturó las dos piernas; cuando se calló se su carruaje. Los doctores no habían podido ayudarlo. Después de confesarse con el Padre Pío, el fraile le dijo: "¡Póngase de pie y camine!" "Usted tiene que botarlas muletas". Ese hombre llevó a cabo la orden y empezó a caminar solo de nuevo. Todos los que dan el testimonio estaban sorprendidos.

Otro suceso extraordinario pasó en 1919 en San Giovanni Rotondo. Un señor tenía 14 años deforme, desde que contrajo el tifo. Tenía dos grandes jorobas. En una oportunidad en que se confesó con el Padre Pío, el santo fraile lo tocó con sus manos estigmatizadas, y De repente el muchacho se puso de pie y sus jorobas desaparecieron.

Gracia era una campesina de veintinueve años, ciega de nacimiento; en una oportunidad en que conversara con el Padre Pío, éste le preguntó si quería ver, a lo que ella respondió: "claro, que quiero ver", "Bien, usted recuperará la vista"; le dijo el Padre Pío y la envió a Bari (Italia). Allí fue examinada por un competente especialista, oftalmólogo, quien después de evaluarla le comentó a su esposa, la cual era amiga del fraile: ¡No hay esperanza para esta muchacha! el Padre Pío puede sanarla únicamente por un milagro; pero yo debo regresarla a su casa sin operarla. Su esposa insistió y le dijo a su marido: "Pero si el Padre Pío, te la envió, intenta operarla". El doctor estuvo de acuerdo, y al operarla se recuperó en los dos ojos. ¡Los ojos de Gracia fueron sanados! Ella podía ver perfectamente. Al regresar a San Giovanni Rotondo, ella corrió al convento; y arrojándose a los pies del fraile, éste le ordenó se levantara inmediatamente, mientras ella le suplicaba..."Bendígame Padre..., Bendígame! Por lo que el fraile marcó la señal de la cruz en el aire; mientras tanto Gracia continuaba esperando la bendición, pues cuando era ciega la bendecía tocando su cabeza; Así que el Padre Pío le dijo: "¿Es que acaso usted necesita la bendición a cada rato?

Testimonio de una señora:"En 1947 yo tenía treinta y ocho años y había estado sufriendo debido a un cáncer del intestino, diagnosticado en una radiografía por lo que fue necesario operar. Antes de ir al hospital yo quise ir a San Giovanni Rotondo para suplicar ayuda al Padre Pío. Mi marido, mi hija y un amigo, me llevaron; desde hacía algún tiempo yo deseaba confesarme y contarle lo de mi enfermedad; pero no era fácil entrevistarse con él. Por lo que mi esposo, le contó todo a un fraile, para que éste se lo refiriera al Padre Pío. Ese fraile era muy cercano a él, y me prometió informar de todo al Padre Pío, con detalle. Para abreviar tiempo me pidieron que entrara en el corredor del convento por dónde pasaría el Padre Pío. Atravesó a la muchedumbre, pero él sólo estaba interesado en mí. Él me preguntó la razón de mi angustia. y me dijo que yo pensaba correctamente acerca del cirujano. Posteriormente me animó y me dijo que oraría a Dios por mí. Estaba asombrada; él no conocía al cirujano que iba a operarme; y nadie le dijo que yo era la persona correcta para hablarle entre la muchedumbre. Enfrenté mi cirugía con esperanza y con

serenidad. El cirujano fue el primero en hablar del milagro. Solamente me tenía que operar de apendicitis; a pesar de las radiografías anteriores que evidenciaban el tumor maligno. Para éste medico, que no creía en Dios, era difícil admitir que el tumor había desaparecido; desde ese momento su conversión fue tan notoria como repentina, él puso el Crucifijo en cada cuarto del hospital. No había ninguna evidencia del cáncer ya. Al poco tiempo nos trasladamos a San Giovanni Rotondo para dar el testimonio al Padre Pío. El Santo Fraile se dirigía a la sacristía cuando de repente se detuvo sonrió y dijo: "¿Qué sabe usted, que ha regresado aquí?"... y él me extendió su mano para besarla, la cual yo contuve afectuosamente entre las mías.

Testimonio de un señor: "Mi rodilla izquierda se había inflamado ocasionándome un gran dolor, por varios días. El doctor me había comentado que la situación era muy seria; y me ordenó muchas inyecciones. Antes de comenzar el tratamiento, quise ir a ver al santo Padre Pío. Después de mi confesión le hablé sobre mi rodilla y le pedí que orara para mí. Cuando ya estaba saliendo de San Giovanni Rotondo, ya casi de noche, el dolor desapareció. ¡Yo miré mi rodilla y noté que ya no estaba con la hinchazón Así que corrí inmediatamente a donde el Padre Pío para agradecerle. Él me dijo: "¡Usted no tiene nada que agradecerme, pero usted tiene que dar gracias a Dios"! Pregúntele a su doctor que si él puede hacer lo mismo con las inyecciones.

Una señora cuenta: "Yo había tenido un embarazo normal en 1952, pero durante el nacimiento del niño ocurrieron algunos problemas. Mi hijo nació con ayuda, luego se me practicó una transfusión de sangre. Pero debido a la emergencia, erraron el tipo de sangre que yo necesitaba. Las consecuencias siguientes eran muy serias: la fiebre alta, las convulsiones y un encogimiento pulmonar, con otros problemas de salud. Incluso un sacerdote fue llamado para darme el santo viático, pero me lo tenía que dar con agua porque yo estaba en muy mala condición. Cuando mis parientes llamaron al sacerdote, y yo me quedé sola, en ese momento, el Padre Pío se me apareció mostrándome sus manos estigmatizadas, y me dijo: "¡Yo soy el Padre Pío, usted no se morirá! Ore conmigo un " Padre Nuestro " y en el futuro usted vendrá a San Giovanni Rotondo para encontrarse conmigo". El resultado de esta aparición era lo siguiente: "Yo iba a morirme algunos minutos antes y yo me ponía de pie y me sentaba algunos minutos después. Cuando mis parientes regresaron a mi cuarto, ellos me encontraron orando. Yo los invité a orar junto conmigo y les dije sobre la visión. Nosotros oramos y mi salud mejoró. Todos los doctores comprendieron que había ocurrido un milagro. Meses después Fui a San Giovanni Rotondo para agradecer al Padre Pío. Al verlo él me extendió su mano para besarla. Y al besarla, agradeciéndole yo sentí el famoso perfume del Padre Pío. Él me dijo: "Usted consiguió un milagro; pero usted no tiene que agradecerme. El Sagrado Corazón de Jesús me envió que la rescatara, porque usted se consagró a Su Corazón y usted ha hecho los Nueve Primero viernes de cada mes."

Cuenta una señora: "En 1953 me efectuaron un chequeo médico debido a los dolores en el abdomen. La situación era muy seria: Yo necesitaba un trasplante urgente. Un amigo a quien yo confié mi problema, me sugirió que escribiera una carta al Padre Pío para pedirle sus oraciones y ayuda. Yo pensaba, que su respuesta sería que fuera al hospital, y que él oraría allí para mí. Así que yo fui al hospital y nuevamente me realicé un reconocimiento médico con nuevas radiografías. Pero los mismos doctores que me dijeron que yo estaba tremendamente enfermo estaban sorprendidos y comprobaron que la enfermedad seria ya no estaba. Después de cuarenta años, yo todavía estoy agradeciendo al Padre Pío su ayuda. De hecho él no niega su ayuda poderosa a quien quiera que se la pida.

Una señora dijo: "En 1954, mi padre que era un ferroviario cayó enfermo Con una enfermedad extraña que inmovilizó sus piernas. Él tenía cuarenta y siete años en ese momento. Se trató por muchos doctores sin éxito, y aproximadamente a los dos años de tratamiento, mi padre tenía que retirarse de su trabajo. Desde que la situación se puso peor, mi tío le hizo pensar, que debía ir a San Giovanni Rotondo dónde un fraile, a quien Dios le había dado muchos dones. Así que mi padre llegó a San Giovanni Rotondo con la ayuda de mi tío, enfrentando muchos problemas. En la Iglesia él se encontró con el

Padre Pío quien dijo: "Permitan que ese ferroviario pase " El Padre Pío nunca se había encontrado con mi padre, por lo que era imposible que supiera que mi padre era un ferroviario. Sin embargo, el Padre Pío y mi padre se encontraron y hablaron durante algunas horas. Después, el Padre Pío puso su mano en el hombro de mi padre, y lo consoló animándolo con una sonrisa. En cuanto mi padre dejara al Padre Pío, comprendió que él había sido sanado. Mientras mi padre, arrojó de sus manos las muletas que necesitaba para caminar, mi tío lo siguió sorprendido.

Un señor que vivía al sur de Italia en Puglia, era un ateo famoso en esa región. Él era bien conocido por la fortaleza con que él luchó contra la Religión católica. Su esposa era una mujer católica pero su marido le había prohibido estrictamente ir a la iglesia y hablar sobre Dios a sus niños. En 1950 ese hombre cayó enfermo. Los doctores hicieron un diagnóstico serio: él tenía dos cánceres, el primero en el cerebro, y el segundo detrás de la oreja. ¡No había esperanza para él! Aquí su informe: "Yo fui al hospital de Bari, muy asustado por el dolor y el pensamiento de muerte. El miedo me obligó a orar a Dios. Yo no había orado desde que era un niño. Me recomendaron ir de Bari a Milán para operarme y salvar mi vida. El doctor me dijo que la cirugía era muy difícil y había muchas dudas en su resultado. Por la noche, cuando yo estaba en Milán, soñé con el Padre Pío. Él vino, tocó mi cabeza, y me dijo: "¡No se preocupe, usted se recuperará en el futuro". ¡La mañana después yo me sentía bien! Los doctores estaban bastante sorprendidos, debido a mi mejoría, sin embargo ellos pensaron que era necesario operarme. Por mi parte, yo estaba muy aterrado, me escapé del hospital, faltando muy poco tiempo para la cirugía, me escondí en la casa de mi pariente en Milán donde mi esposa también estaba. Tiempo después yo tenía nuevamente el dolor y regresé al hospital. Al hacerme los nuevos exámenes los médicos se sorprendieron al constatar que ambos tumores desaparecieron. Yo también me sorprendí, porque cuando me hacían los chequeos, pude sentir un profundo perfume de violetas; que claramente me indicaba de la presencia del Padre Pío. Cuando pedí la factura al doctor antes de dejar el hospital, este me dijo: "Yo no he hecho nada para sanarlo, por lo que usted no tiene que pagarme". Cuando yo regresé a casa, quise ir a San Giovanni Rotondo para agradecer al Padre Pío. Estaba seguro que él me había sanado. Pero cuando yo llegué al convento, yo empecé a tener el dolor de nuevo. ¡Era tan doloroso que me desmayé! Dos hombres me llevaron al confesionario del Padre Pío. En cuanto lo vi dije: "Yo tengo cinco niños y estoy muy enfermo, por piedad Padre salve mi vida." - Él contestó: "Yo no soy Dios, ni Jesucristo, yo soy simplemente un sacerdote, como cualquier otro sacerdote, no más, quizá menos. ¡Yo no puedo hacer milagros! "Por favor, imploré a gritos," el Padre Pío elevó sus ojos al cielo y yo vi su labios orando. En ese mismo momento sentí el mismo perfume de violetas que en el hospital. El Padre Pío me dijo: "¡Vaya a casa y ore! ¡Yo oraré por usted! ¡Usted se recuperará!" Posteriormente, después de orar el dolor no volvió nunca más.

Cuenta un señor: "En 1950 mi suegra fue hospitalizada para una intervención del seno izquierdo. El cáncer era sumamente agresivo. En efecto, después de pocos meses, fue necesario, una nueva hospitalización, y otra intervención análoga, del seno derecho. Considerada la difusión del mal los médicos del Policlínico de Milán le dieron cuatro meses de vida. En Milán, alguien nos habló del Padre Pío y de los prodigios atribuidos a su fabulosa intercesión. Partí enseguida para San Giovanni Rotondo. Esperé mi turno para confesarme, y al hablarle le supliqué al fraile, la salvación para la madre de mi mujer. El Padre Pío suspiró largamente y luego dijo: "Oramos todos y se curará". Y así fue. Mi suegra después de la intervención se curó y fue personalmente a agradecer al Padre quien, sonriendo le dijo: "¡Vete en paz!" En lugar de los pocos meses previstos, mi suegra todavía vivió diecinueve años durante los cuales creció, en ella y en nosotros, la devota gratitud hacia el Padre Pío."

Otra curación, por intercesión de Padre Pío, la que fue considerada un prodigio permanente. La curación concierne a un ex empleado del ferrocarril toscano, muerto en el año 1983, a los setenta años. El empleado del ferrocarril dijo: "Yo soy un desafío viviente a las leyes físicas." En el año de 1945 él vivió en la provincia de Siena. Estaba casado y tenía un niño. Trabajó como guardián de las instalaciones eléctricas de una estación ferroviaria. La mañana del 21 de mayo, mientras fue al trabajo en motocicleta, fue atropellado por un

camión. Llegó al hospital moribundo. Los médicos le hallaron una fractura de cráneo, una fractura en el arco de la ceja izquierda, la rotura del tímpano izquierdo, la fractura de algunas costillas y cinco fracturas en la pierna izquierda. Estuvo en peligro de muerte por varios días, luego los médicos, dijeron que estaba fuera de peligro. La recuperación fue larga pero satisfactoria, excepto por la pierna. Estaba tan mal que los médicos no lograron curarla. Él fue a numerosos hospitales. Fue hospitalizado en la Clínica ortopédica de Siena donde tuvo tratamiento por año y medio. Luego fue al hospital Rizzoli de Bolonia. Después de las primeras intervenciones las fracturas del fémur fueron saneadas parcialmente pero a causa de una serie de complicaciones, la pierna estuvo completamente rígida. Los médicos hablaron de anquilosis fibrosa de la rodilla "izquierda" y no lograron curarme. Además las heridas provocadas por las numerosas intervenciones quirúrgicas no se cerraron. Ya que todas las tentativas de doblar la pierna fueron inútiles, los médicos de la Clínica ortopédica de Siena decidieron intentar la "flexión forzada de la rodilla sobre preparado de Zuppinger", en anestesia general. Pero las adherencias musculares y los ligamentos que pararon la articulación fueron tan resistentes que también aquella intervención resultó inútil. Más bien, cuando los médicos probaron con más fuerza, se partió de nuevo el fémur y tuve que quedar otros dos meses con la pierna inmóvil. Al principio del 1948, yo dejé la Clínica ortopédica de Siena y fui declarado incurable. Habría tenido que quedar con la pierna rígida por todo el resto de mi vida. Tenía treinta-cinco años y no lograba una buena presentación. Me recomendaron otros especialistas pero las esperanzas de éxito resultaron ser pocas y por lo tanto no quise afrontar una nueva intervención quirúrgica. Yo estaba desmoralizado. No quise ver a nadie. Ya no quería vivir. Desahugué todo mi dolor contra mi mujer que intentó siempre darme ánimo. Para movilizarme empleé las muletas, pero logré sólo arrastrarme por pocos metros porque la pierna, más allá de estar rígida, estuvo todavía llena de heridas sangrantes y dolorosas. A menudo, quise andar solo pero caí y entonces grité con toda mi rabia, blasfemando contra Dios y contra todo. Mi mujer era creyente, yo no. Ella iba a la iglesia y yo la regañaba. Blasfemé para hacerle despecho y ella lloró. Un día en nuestra parroquia vino un religioso para dar algunas conferencias. Cuando el religioso fue informado de mi caso, él quiso hablar con mi mujer para confortarla: "¿Por qué no le entrega su caso al Padre Pió de San Giovanni Rotondo, un capuchino que hace milagros"? Mi mujer me refirió aquellas palabras con mucha esperanza pero estallé en irónica risotada, también pronunciando blasfemias e improperios contra el Padre Pió. Mi mujer no quiso perder aquella posibilidad y escribió muchas veces al religioso, pero no tuvo nunca una respuesta. Entonces reanudamos la conversación y traté de contentarla. Mi situación fue cada vez peor. Nos dimos cuenta, que para mí la vida había terminado. Era tanta mi desesperación, que al final del año le dije que probáramos a ir donde este sacerdote. El viaje fue dramático. En el tren fui acostado sobre una camilla, pero cuando tuve que subir y bajar del compartimiento los dolores fueron atroces. La primera etapa fue Roma. Para alcanzar a San Giovanni Rotondo sólo hubo un autocar y partió temprano por la mañana. Decidimos pasar la noche en una pensión Mientras me arrastré con las muletas resbalé en un charco, cayendo mal. Fui socorrido por los dependientes de los ferrocarriles, los que sabiendo que yo había sido un colega suyo me pusieron a disposición una habitación en los despachos de la estación y allí pasé la noche. Por la mañana temprano, yo, mi hijo y mi mujer cogimos el autocar para San Giovanni Rotondo. El autocar se paró a unos dos kilómetros de la iglesia de los capuchinos. Las calles no estaban asfaltadas. No sé cómo yo logré alcanzar la iglesia. Apenas entré, me acosté sobre un banco medio desmayado. No vi nunca una fotografía del Padre Pió, por lo tanto no pude reconocerlo. En la iglesia habían numerosos capuchinos. Cerca de mí hubo un fraile que estaba confesando a las mujeres. El visillo, que sirve para esconder al confesor, estaba abierto. El fraile tuvo los ojos bajos y las manos escondidas en las mangas de la túnica. Cuando levantó la derecha para dar la absolución me percaté que tenía los medios guantes. "es él" dije a mí mismo. En aquel instante el Padre Pió levantó los ojos y me miró por un par de segundos. Bajo aquella mirada mi cuerpo empezó a temblar, como si hubiera sido golpeado por una violenta descarga eléctrica. Después de algunos minutos el padre salió del confesionario y se fue. A las cuatro de la tarde fuimos de nuevo a la iglesia. Mi hijo me acompañó a la Sacristía. El Padre Pió ya estaba confesando. Habían algunas personas antes de mí. Después de un cuarto de hora llegó mi turno. Apoyándome sobre las muletas, me acerqué al

religioso. Intenté decir algo, pero no me dió tiempo. Empezó a hablarme trazando un cuadro perfecto de mi vida, de mi carácter, de mi comportamiento. Fui completamente secuestrado por sus palabras y ya no pensé en la pierna. Cuando el Padre levantó la mano para darme la absolución, sentí de nuevo la terrible sacudida en todo el cuerpo. Me arrodillé e hice la señal de la cruz. Luego, siempre sin pensar en la pierna, me levanté, tomando las muletas y me alejé caminando normalmente. Todo esto lo hice normalmente. Mi mujer que estaba en iglesia, me vio llegar con las muletas en la mano, pero tampoco ella se percató que caminé normalmente. Me dijo: Qué bonita cara serena que "tienes" Nos paramos a orar un poco, luego nos encaminamos a la salida. Sólo en este momento mi mujer se dió cuenta de lo que ocurrió: "Giuseppe, pero tú caminas" dijo. Me paré y observé con inmenso estupor las muletas que tenía en la mano. "Y verdaderamente, camino y no siento ningún dolor" contesté. "Papá" añadió a mi hijo - "cuando fuiste al Padre Pío también te has arrodillado". Pude hacer aquellos movimientos con la máxima espontaneidad, sin ningún dolor y dificultad. Me subí los pantalones y examiné las piernas: todas las heridas, que estuvieron doloridas y sangrantes hasta hacía poco, se cerraron. Ahora se veían sólo cicatrices perfectamente secas. "Estoy realmente curado" - le grité a mi mujer y me eché a llorar. La vuelta a casa fue una marcha triunfal. En todas partes en que nos parábamos, conté cuanto me ocurrió. Volví a la Clínica ortopédica de Siena. Los médicos quedaron estupefactos. Ante todo en verme caminar. Y luego porque las radiografías de mi pierna no habían cambiado en nada. La anquilosis fibrosa a la rodilla izquierda siempre estuvo presente y no habría podido de ningún modo caminar en aquellas condiciones. Mi caso también fue presentado a un congreso médico en Roma. Fui visitado por muchos ilustres especialistas que también provinieron del extranjero, y todos quedaron maravillados.

Clarividencia e introspección de las almas

Poseído obviamente solamente por los Santos, consiste en un don sobrenatural que les permite ver cosas lejanas o de prever el futuro o bien de ver y oír a distancia en el espacio y en el tiempo sin usar los mismos sentidos y las normales capacidades del intelecto. Se trata de mirar con los ojos del alma. Tal habilidad fue experimentada por el Padre Pío aunque, en él, encontró un desarrollo completamente particular. En efecto, el Padre Pío logró escudriñar a una persona hasta alcanzar las partes más ocultas del alma. Muchos testimonios existen de estas intervenciones del Padre Pío.

Una señora de Bolonia cuenta: "Una vez mi madre fue a ver al Padre Pío con algunas de sus amigas. Apenas llegó a San Giovanni Rotondo encontró en la Sacristía del convento al venerado Padre que enseguida le dijo: "¡Y tú estás acá! Vas enseguida a casa porque tu marido está mal". Mi madre quedó sin aliento, partió dejándolo en óptima salud. Partió con el primer transporte. Cuando llegó a casa, alarmada, no hubo alguna novedad. Pero durante la noche mi padre tuvo graves dificultades de respiración. Algo le comprimió la garganta. Mi madre trató de calmarlo y llamó al médico. Hacia las once de la noche mi padre fue hospitalizado y llevado de urgencia al quirófano. El cirujano que lo operó le extrajo de la garganta dos vesículas de pus. El Padre Pío vio por lo tanto con antelación lo que estuvo a punto de ocurrirle al marido de la señora y, con su consejo y su ruego logró influir en la feliz solución del caso.

Un hijo espiritual del Padre Pío que habitó en Roma, estando junto a algunos amigos, por vergüenza, no hizo lo que se debe hacer al pasar de una Iglesia, una pequeña reverencia en señal de saludo a Jesús sacramentado, levantándose el sombrero. He aquí entonces repentina y fuertemente escucha una voz - la voz de Padre Pío - y una palabra: "¡Cobarde!" Fue después de algún tiempo a San Giovanni Rotondo y sintió al Padre Pío que le dijo: "Atento, esta vez te he regañado solamente, la próxima vez te daré una bonita bofetada."

A la hora del ocaso, en el jardín del convento, el Padre Pío, que está conversando amablemente con algunos fieles e hijos espirituales, y se da cuenta de no tener consigo el pañuelo. Entonces se dirige a uno de los presentes y le dice: "Por favor, he aquí la llave de mi habitación, tengo que

sonarme la nariz, tráeme el pañuelo". El hombre va a la habitación, pero, además del pañuelo, toma uno de los medios guantes de Padre Pío y se lo pone en el bolsillo. ¡No puede perder una ocasión de tener una reliquia! Pero al regresar al jardín, entrega el pañuelo y siente decir al Padre Pío: "Gracias, pero ahora vuelve en la celda y repones en el cajón el medio guante que te has metido en el bolsillo."

Una señora, cada tarde, antes de ir a dormir, se arrodilló adelante de una fotografía del Padre Pío y le pidió la bendición. El marido, incluso siendo un buen católico y fiel del Padre Pío, creyendo que aquel gesto era exagerado, se burlaba de su esposa riéndose. Un día habló con el Padre Pío: "Mi mujer, cada tarde se arrodilla delante de vuestra fotografía y os pide la bendición". "Usted, lo sabe": el Padre Pío le contestó, "y tú te ríes cada tarde."

Un día, un hombre, católico aprendiz, y estimado en los medios eclesiásticos, fué a confesarse con el Padre Pío. Ya que quiso justificar su conducta, empezó señalando a una "crisis espiritual". En realidad vivió en el pecado: él estaba casado y descuidó a su mujer y trató de superar la crisis entre los brazos de una amante. Nunca imaginó estar arrodillado a los pies de un confesor "anormal". El Padre Pío, levantándose velozmente, gritó: "¡No es una crisis espiritual! Tú eres un adúltero y Dios se ha irritado contigo. Vas fuera!"

Un señor contó: "Yo decidí parar de fumar y de ofrecer este pequeño sacrificio al Padre Pío. Al empezar el primer día, cada tarde, con el paquete de cigarrillos integro en la mano, me paré delante de su imagen diciéndole: "Padre es uno... ". A. el segundo día "Padre, es dos... ". Después de unos tres meses, todas las tardes hice la misma cosa. Un día fui a verlo "Padre", le dijo en cuanto lo vi., "son 81 días que no fumo, 81 paquetes... ". Y el Padre Pío contestó: Lo sé "cómo tú lo sabes, me los has hecho contar todas las tardes."

El chofer del autobús que transportaba a los turistas en la excursión hacia el Gargano estuvo en la Sacristía esperando el momento de salir cuando el Padre Pío llegó. El chofer que estuvo entre el grupo de una decena de personas fue notado por el Padre Pío que le dijo: "Hijo, ¿no pides tú tampoco la bendición"? El chofer, sorprendido, se arrodilló para recibir la bendición pero el Padre Pío en lugar de bendecirlo le preguntó: " Bien, ahora dime lo que has hecho", "Nada Padre, no he hecho nada, me he confesado hace dos horas en Sant' Angelo y también he tomado la Comunión con los turistas que acompaño". "Y"..... ¿Después? "He adquirido objetos religiosos". "No, las santas imágenes te han hecho blasfemar, pero,.....y aquellas cosas dulces... ". El chofer desconcertado, recordó que después de la Santa Misa blasfemó porque el número de los dulces adquiridos fue inferior a aquél deseado y solicitado por los turistas. Avergonzado intentó decir algo pero el Padre Pío, en privado, se lo impidió diciendo: "No basta: con venir a San Giovanni Rotondo, has desprestigiado y ofendido a un carretero que no mantuvo su derecha". El chofer, que contestó de no haber hecho nada, empezó, confuso, a recitar el acto de dolor."

Una señora italo-inglesa, llegada por Inglaterra se presentó al confesionario del Padre Pío pero en lugar de confesarla, cerró la taquilla del confesionario diciéndole: "Para ti no estoy disponible". ¿Por cuál motivo el Padre Pío no quiso confesarla? ¿Después de haber esperado un par de semanas durante las que ella fue casi todos los días al confesionario? Un día la señora por fin fue escuchada por el Padre Pío. La señora en la iglesia le reclamó porque la hizo esperar mucho tiempo y el Padre Pío le contestó: "¿Y tú cuánto has hecho esperar a Nuestro Dios? Te tienes que preguntar como ahora Jesús pueda acogerte, después de los muchos sacrilegios cometidos. Tú, por años, has comido tu condena; por años, al lado de tu marido y tu madre, has hecho la santa comunión en pecado mortal." La mujer, arrepentida, trastornada, suplicó llorando la absolución. Cuando, tiempo después regresó a Inglaterra fue la personificación de la alegría.

Un señor cuenta: - "Una tarde comí algunos higos de más. Hice escrúpulo de ello. He cometido un pecado de garganta - me dije - por cuyo motivo me confesaré con el Padre Pío, yo confesaré este pecado". Al día siguiente, caminando lentamente por la calle hacia el convento, hice el examen de conciencia. Yo no recordé el pecado de garganta. Me confesé pero antes de

concluir la confesión, antes de la absolución, le dije al Padre Pío: "Yo creo que estoy olvidando una culpa, quizás la más grave, pero no logro recordarla". "Eh vete a la calle, " - me contestó sonriendo - ¡"por dos higos"!

Dios ve todo y de todo tendremos que darle cuenta. El cuento que sigue, demuestra que también nuestros pensamientos más escondidos son conocidos por Dios. Un hombre, en el 1920 se presenta al convento de los Capuchinos para hablar con Padre Pío, ciertamente no es más que un penitente en busca de perdón, a todo esto, piensa que el perdón es solo para una banda de criminales, este hombre ha decidido matar a su mujer para casarse con otra. Quiere matarla y quiere procurarse una coartada indiscutible. Sabe que su mujer es devota de un Fraile que vive en un pueblecito del Gargano, allí nadie los conoce a ellos y puede llevar fácilmente a la práctica su homicidio. Un día este hombre convence con una excusa a su mujer para hacer el viaje. Cuando llegan a Apulia, él la invita a visitar al fraile. Se alojan en un hotel de las afueras y manda a su mujer al convento para confesarse, de manera que visitando al fraile ya tiene una coartada. Piensa visitar una tasca con los amigos e invitarlos a beber y a jugar un partido de cartas. Alejándose más tarde con una excusa iría a matar a la mujer apenas saliera de la confesión. Todo alrededor del convento es campo abierto y en la penumbra de la tarde nadie se dará cuenta de nada, y mucho menos que bajo tierra hay un cadáver. En fin, vuelto a la tasca seguiría entreteniéndose con los compañeros de juego para luego partir, solo, tal y como había llegado. El plan era perfecto, pero no había tenido en cuenta la cosa más importante; que mientras él planeaba el homicidio, alguien escuchaba su pensamiento. Cuando llega al convento ve al Padre Pío que confesaba a algunos paisanos, y tomado por un impulso que tampoco él logra contener, se arrodilla a los pies de aquel confesor de los hombres. No ha acabado tampoco la señal de la cruz cuando salen gritos inconcebibles del confesionario: "¡Vas fuera! Vas fuera!" ¡Vas fuera! ¿No sabes que es prohibido por Dios mancharse las manos de sangre con un homicidio? ¡"Vas fuera! Vas fuera"! - En fin lo agarró por un brazo, el capuchino acaba de echarlo. El hombre está conmocionado, incrédulo, y desalentado; al verse descubierto huye aterrorizado hacia el campo, dónde, cae a los pies de un peñasco, con la cara en el barro; y por fin se da cuenta de los horrores de su vida de tanto pecado. En un instante vuelve a ver toda su existencia; y, entre lacerantes tormentos del espíritu, comprende completamente su aberrante maldad. Atormentado y arrepentido desde lo más profundo de su corazón vuelve a la Iglesia y le pregunta al Padre Pío, si puede confesarlo verdaderamente. El padre se lo concede y esta vez, con infinita dulzura le habla como si lo conociera desde siempre. Más bien, para ayudarlo a no olvidar nada de aquella vida desorientada, le enumera todo, momento por momento, pecado por pecado, crimen por crimen, con detalles particulares de cada uno. Llegando hasta el último crimen premeditado, aquel de matar a su propia mujer, a la leal compañera de su vida. El hombre, escucha de labios del gran Santo; la narración del homicidio que sólo él ideó en su mente y que ningún otro mortal conoce en su conciencia, Exhausto pero por fin libre, se tira a los pies del fraile y suplica humildemente perdón. Pero allí no termina todo. Terminada la confesión, mientras se aleja del convento es vuelto a llamar por el Padre Pío, quien le dice: "¿Has deseado; tú tener hijos, no es cierto?" ¡Caramba este santo, incluso esto sabe! - "¡Ahora bien, ya no ofendas nunca más a Dios y un hijo te nacerá"! Aquel hombre regresó exactamente, el mismo día después de un año, totalmente convertido y padre de un hermoso hijo nacido de su esposa, de aquella misma mujer que él quiso matar.

El padre Guardián del convento de San Giovanni Rotondo contó: - "El otro día, un comerciante de Pisa ha venido a preguntarle al Padre Pío acerca de la curación de una hija. El padre lo mira y dice: "Tú estás más enfermo que tu hija. Yo te veo muerto". "Pero no, pero no, yo estoy muy bien"... - ¡"Desdichado"! Gritó el Padre Pío - ¡"Desgraciado"! ¿Cómo puedes decir que estás bien con tantos pecados sobre la conciencia? ¡"Veo de ellos al menos treinta y dos"! Imagináis el estupor del comerciante. Después de la confesión él contó a todo el que quisiera escucharlo: ¡"Él ya sabía todo y me ha dicho todo"!

Un sacerdote contó, una aventura de un cofrade suyo, que vino desde muy lejos para confesarse; con el Padre Pío. Él tuvo que esperar muchas horas en Bolonia. Después de la confesión, el Padre Pío le preguntó: "Hijo mío, ¿no

recuerdas lo otro"? - "Nada, Padre" - "Vamos, busca un poco"... - Éste examinó su conciencia pero no encontró nada. Entonces el Padre Pío le dijo con extrema dulzura: "Hijo mío, ayer por la mañana, has llegado a Bolonia a las 5.00 de la mañana. Las iglesias todavía estaban cerradas. En lugar de esperar, has ido al hotel para descansar un poco antes de la Misa. Te has acostado sobre la cama y luego te has dormido tan profundamente que te has despertado a las tres de la tarde. Por la tarde, era demasiado tarde para celebrar la misa. Lo sé, no lo has hecho por malicia, pero fue una negligencia que hirió a Nuestro Dios."

En tantos tiempos; que las grandes muchedumbres acudieron al Padre Pío, fueron enviados al convento dos guardias civiles que siempre le protegieron. Un día, en la Sacristía, mientras se retiraba, después de la celebración de la Santa Misa, el Padre se dirigió sonriendo a uno de los dos guardias civiles: "Apenas termines aquí, después que yo haya hecho el agradecimiento de la Misa, vienes a mi habitación porque tengo que hablarte". El guardia civil se alegró, y esperó que el Padre acabara y luego fuè a su habitación. "Siéntate", le dijo el Padre Pío, "dentro de ocho días tú vas a la casa de tu padre y mueres, hijo mío". "Pero Padre, está muy bien", dijo el guardia civil. "No te preocupes", añadió el capuchino. "es mejor dentro de ocho días." ¿Qué es esta vida? Una romería; estamos en un tren que para hoy por ti. Pide un permiso a tu jefe y te vas a tu casa. Porque si te quedas aquí; Mañana tú mueres y no saben nada los parientes" El guardia civil, trastornado por estas palabras preguntó: "Padre; ¿puedo contar cuánto me habéis dicho"? "No, ahora no, le contestó el Padre, sólo lo dirás cuándo estés en casa". El joven pidió un permiso para ir a casa. No quisieron concedérselo, porque no había ninguna justificación adecuada pero por la intercesión del mismo Padre Pío, el guardia civil consiguió la licencia. Llegando a casa el guardia civil les dijo a sus padres: " El Padre Pío me ha dicho que moriré, he venido a saludarlos". Después de ocho días el guardia civil murió.

Además de las visiones, los religiosos del convento de Venafro, que hospedaron al Padre Pío por poco tiempo, fueron testigos de otros fenómenos inexplicables. Cuando estuvo gravemente enfermo, el Padre Pío demostró estar en absoluta capacidad de leer los pensamientos de las personas. Un día el Padre Agostino fue a buscarlo. "Esta mañana haga una oración particular por mí", dijo el Padre Pío, y le preguntó que pasaba. Bajando a la iglesia, el Padre Agostino decidió encomendar al fraile de manera muy especial durante la Santa Misa, pero luego se le olvidó hacerlo. El Padre Pío le preguntó: ¿ Ha rogado por mí"? Lo olvidé, dijo el Padre Agostino .Y el Padre Pío contestó: "menos mal qué el buen Dios, ha aceptado el propósito que UD tenía cuando bajó las escaleras."

A la segunda llamada para confesar a un hombre, el Padre Pío, levanta la cabeza y severamente dice en alta voz "¿En fin este hombre ha hecho esperar veinticinco años a nuestro Dios, para decidirse a confesarse; y no puede esperar él, cinco minutos que yo me desocupe?" Fuè constatado que el hecho fue verdadero.

El espíritu profético del Padre Pío; visto por el Padre Carmelo Durante fue Superior del Convento de San Giovanni Rotondo, damos este testimonio: "Durante la última guerra mundial, casi cada día se habló de la guerra y, sobre todo de las estrepitosas victorias militares de Alemania sobre todos los frentes de batalla. Recuerdo que una mañana en la sala del convento, mientras leía el periódico, con la noticia de que las vanguardias alemanas se dirigían a Moscú. Fue para mí un flechazo: vi en aquel flash periodístico, el fin de la guerra con la victoria final de Alemania. Saliendo al pasillo, encontré al venerado Padre y, muy contento, estallaba gritando: ¡Padre, se terminó la guerra! Ha vencido Alemania! . - "¿Qué has dicho tú?" preguntó el Padre Pío - "Padre, el periódico dice...." Y Padre Pío: "¿Ha vencido Alemania la guerra? ¡Recordaos que Alemania, esta vez, perderá la guerra, peor que la otra vez! Recuérdalo" - Yo repetí: "Padre, los alemanes ya están cerca de Moscú, por lo tanto... " Él añadió: "¡Acuérdate de lo que te he dicho!". Yo continué: "Pero si pierde la guerra Alemania, quiere decir que Italia también la perderá!". - Y Él, contestó: Hará falta ver si la acabaran "junto". Aquellas palabras me fueron completamente oscuras, en consideración de la alianza Italo-Alemana, pero se revelaron claras el año siguiente después del armisticio con los angla-

americanos del 8 de septiembre de 1943, con la declaración de guerra de Italia a Alemania.

El testimonio de una señora: "Quise participar en un viaje organizado por la Parroquia de San Giovanni Rotondo con el objetivo de conocer al Padre Pío. Fue el año 1961. En el autocar un señor, en voz alta, de repente dijo: "Mi mujer ha querido que yo la acompañara a donde este "embustero". La referencia al querido Padre fue evidente. Tuve un apretón en el corazón por aquel insulto. Cuando llegamos a San Giovanni Rotondo; fuimos enseguida a la iglesia para participar en la Santa Misa. Al terminar el Padre Pío pasó en medio de los remeros. Llega cerca de nosotros, se paró justo frente a aquel señor que en el autocar se expresó mal de y le dijo: "Venga aquí, ella" Venga donde este embustero". El hombre palideció, se arrodilló y, balbuciendo, logró decir solamente: "¡Perdonadme, Padre! Perdonadme! ", entonces el Padre Pío se apoderó de la cabeza y, bendiciéndolo, añadió: "Alzaos, te perdono". Aquel señor se convirtió al instante, entre la admiración y la conmoción de todos.

Una señora cuenta: - "En el año 1945 mi madre me llevó a San Giovanni Rotondo para que conociera al Padre Pío y me confesara con él. ¡Había mucha gente! En la espera de mi turno pensé en todo lo que tenía que decirle al Padre pero cuando estuve en su presencia, quedé paralizada. El querido Padre se dió cuenta enseguida de mi timidez y, con una sonrisa me dijo: "¿Quieres que yo hable por ti?". Asentí con una señal y, después de algún instante, quedé pasmada. ¡No lo podía creer! El Padre Pío me dijo, palabra por palabra, todo lo que yo habría querido decirle. Me sentí tranquila, serena y mentalmente dí las gracias al venerado Padre por obsequiarme la experiencia de uno de sus extraordinarios carismas. Le confié la salud de mi alma y mi cuerpo. Contestó: Siempre seré tu padre "espiritual" Me despedí de él con una alegría inmensa en el corazón. ¡Mientras viajaba en el tren, de regreso, advertí un intenso perfume de flores que no olvidaré nunca! Era la presencia del Padre que me invadió de inmensa felicidad.

Ierognosia

El Padre Pío fue capaz de reconocer si un hombre era un sacerdote y si los objetos estaban bendecidos. Los fenómenos de Ierognosia fueron otro importante carisma del Padre Pío.

Un día unas señoras vestidas con chaqueta y corbata al cuello estuvieron en la Sacristía; con los hombres, en espera de la llegada del Padre Pío. Él fue justo a la primera fila. El Padre Pío en cuanto las vió les dijo: "Reverendo, han venido "disfrazadas", "pero no tenéis que avergonzaros de venirme a visitar, la próxima vez pueden venir vestidas de cura."

A un joven que fue vestido con pantalones y yérsey, el Padre Pío le dijo que volviera vestido de San Domenico. Confuso e incómodo, el joven confesó delante de todos ser un Sacerdote Dominicano.

A veces, cuando al Padre Pío le presentaban los objetos, coronas del Rosario, medallas, imágenes sagradas, con la solicitud de bendecirlos, el Padre devolvió al solicitante algún objeto con la aclaración: "Éste ya ha sido bendecido". Y era cierto.

El Padre Pío se daba cuenta si el agua había que bendecirla o si ya estaba bendita. Y si alguien le presentaba una botella con agua de Lourdes, él, sin hacer preguntas, la llevó a sus labios y la besó.

El tranviario romano al que la Virgen apareció en una gruta de las tres fuentes de Roma, la Virgen de la Revelación, un día fue a buscar al Padre Pío. He aquí su testimonio: "Cuando fui a su presencia - no nos encontramos nunca - le di un sobre sin decirle qué contenía. El Padre Pío lo tomó, lo apretó al pecho con amor y no me lo devolvió. El sobre contenía un poco de la tierra de la gruta de las Tres Fuentes."

La Bilocación

La Bilocación puede ser definida como la presencia simultánea de una persona en dos lugares diferentes. Numerosos testimonios unidos a la tradición religiosa cristiana cuentan varios sucesos de bilocación atribuidos al Padre Pío. Éstos son algunos testimonios:

La Señora Maria, hija espiritual del Padre Pío, contó que su hermano, una tarde, mientras oraba, se durmió. De repente fue golpeado con una bofetada sobre la mejilla derecha y él tuvo la sensación de sentir que la mano que lo golpeó fuera cubierta por un medio guante. Pensó enseguida en el Padre Pío y al otro día después de la misa se fue a saludarlo: "¿Es lícito dormirse cuando se ruega?", contestó el Padre Pío. Fue el Padre Pío quien lo "despertó".

Un ex oficial del ejército, un día entró a la Sacristía y mirando al Padre Pío le dijo "Es justo él, no se equivoca". se acercó, cayó de rodillas y llorando repitió - Padre gracias por salvarme la vida en el campo de batalla. Sucesivamente el hombre contó a los presentes: "fui un Capitán de infantería y un día, sobre el campo de batalla, en una hora terrible de fuego, algo lejos de mí vi a un fraile, pálido y de ojos expresivos, me dijo: "Sr. Capitán, aléjese de ese sitio" - Inmediatamente corrí y antes de que llegara, al sitio dónde antes me encontraba, estalló una granada enorme que abrió un remolino. Me volví hacia el monje para agradecerle pero ya había desaparecido". El Padre Pío en bilocación le salvó la vida.

El Padre Alberto, a quien el Padre Pío conoció en 1917, contó: "Vi hablar al Padre Pío mientras se encontraba de pie cerca de la ventana con la mirada fija sobre la montaña. Me acerqué a él para besarle la mano pero él no se dio cuenta de mi presencia y tuve la sensación de que su mano estaba entumecida. En aquel entonces lo escuché que con voz muy clara, en el momento en que dió la absolución a alguien. Después de un instante el padre se sacudió como si se despertara. Volteándose hacia mí, me dijo: - ¿Estáis aquí?, no me enteré de ello -. Algún día después llegó de Turín un telegrama de agradecimiento al Padre Superior por haber mandado al Padre Pío a asistir a un moribundo. Del telegrama se pudo intuir que el moribundo estaba muriendo en el momento en que el Padre Pío en San Giovanni Rotondo, pronunció las palabras de absolución. Obviamente el Superior no envió al Padre Pío al moribundo, sino que el Padre Pío lo visitó en bilocación.

Una familia americana vino de Filadelfia a San Giovanni Rotondo, en el 1946, para agradecer al Padre Pío. El hijo piloto de un avión de bombardeo, en la II Guerra Mundial, fue salvado por el Padre Pío en el cielo en el Océano Pacífico. El avión cerca de aterrizar en el aeropuerto, después de haber efectuado un bombardeo, fue golpeado por los cazatorpederos japoneses. "El avión" - contó el hijo, "Se precipitó y estalló apenas que la tripulación pudiera tirarse en paracaídas. Solamente yo, no sé como, logré salir a tiempo del avión. Traté de abrir el paracaídas pero no se abrió; me habría estrellado, por tanto, al suelo si de repente no hubiera comparecido un fraile con la barba que tomándome entre los brazos me depuso dulcemente delante de la entrada del mando de la base. Imagináis el estupor que provocó mi cuento. Fue increíble pero mi presencia "obligó" a todos a creerme. Reconocí al fraile que me salvó la vida cuando, un día, mandado con permiso, llegué a casa y mi madre me enseñó la fotografía del Padre Pío, el fraile a cuya protección en sus oraciones y lagrimas de madre me había encomendado. ¡Que grande e importante es la oración de una madre!

Una señora, mujer de un empresario naval, era huésped de su hija en Bolonia. Tenía un tumor maligno en un brazo y la señora con la ayuda de su hija decidió hacerse operar. El cirujano aconsejó tener paciencia y esperar, por lo tanto posteriormente fijaría la fecha para la intervención quirúrgica. En la espera el marido de la hija mandó un telegrama al Padre Pío; suplicando por la salud de su suegra. A la hora en que el telegrama llegó a manos del Padre Pío, la señora, que estuvo sola en el cuarto de estar de la casa de la hija, vio abrir la puerta y entrar a un fraile capuchino. "Soy el Padre Pío de Pietrelcina" le dijo. Después de preguntarle algunas cosas del cirujano, la exhortó a tener confianza en la Virgen, el Padre Pío le hizo una señal de la cruz en el brazo, por lo tanto, saludándola, salió. La señora llamó a la camarera, la hija y el yerno. Preguntó porque hicieron entrar al Padre Pío sin anunciarlo, pero le contestaron que no lo vieron y que, en todo caso, no abrieron la puerta a

nadie. Al día siguiente el cirujano visitó a la señora para prepararla para la operación, pero no encontró ningún tumor. El tumor se desapareció apenas el Padre Pío le dió la bendición.

El obispo que el 10 de agosto de 1910, en la catedral de Benevento, fue preparado para la muerte por el Padre Pío que, en bilocación, fue a hacerle una visita.

Hasta el beato don Orión declaró lo siguiente sobre la bilocación del Padre Pío: "En la Basílica de San Pietro, en la ceremonia de beatificación de Santa Teresa del Niño Jesús, estaba también el Padre Pío, en bilocación. Lo vi venir hacia mí, sonriendo. Fui a su encuentro, a través de la muchedumbre, pero cuando llegué, él desapareció."

El Padre Pío en bilocación celebró una Misa en la Capilla de un monasterio de monjas en Checoslovaquia, en 1951. Después de la celebración de la Misa las monjas fueron a la Sacristía para ofrecerle al Padre una tacita de café y darle las gracias por la Misa y la inesperada visita, pero en la Sacristía no había nadie. Las monjas pudieron constatar así que; el Padre Pío fue a efectuar la Santa Misa en bilocación.

El Padre Pío, en bilocación, dió la Misa al primado de Hungría, en la cárcel, en Budapest, en 1956. Alguien, que conocía del episodio preguntó: "Padre Pío, UD le ha dado la Misa y le ha hablado, pero entonces, si UD ha estado en cárcel, y lo ha visto" - "Cierto, si le he hablado también lo he visto"... contestó el Padre Pío.

La Madre Esperanza, fundadora de las Criadas del amor Misericordioso, contó de haber visto al Padre Pío, por un año entero, todos los días en Roma. Sabemos muy bien que el Padre no ha estado nunca en Roma, si no una vez para acompañar a la hermana que decidió entrar al monasterio de clausura en el año 1917. Estuvo en bilocación todos los días.

El General Cadorna, después de la derrota de Caporetto cayó en un estado de depresión severa y decidió suicidarse. Una tarde se encerró en su habitación y dió orden a su ordenanza de no dejar pasar a nadie. Entrado en su habitación, extrajo de un cajón una pistola y mientras se estaba apuntando a la sien oyó una voz que le dijo: "General, ¿no querréis cumplir en absoluto esta tontería"? Aquella voz y la presencia de un Fraile apartaron el General de su propósito, dejándolo petrificado. ¿Pero, como fue que pudo entrar este personaje en su habitación? Pidió explicaciones al ordenanza pero le contestó no haber visto pasar a nadie. Años después, el general, se enteró por la prensa, que un Fraile que vivía sobre el Gargano hacia milagros. Se fue de incógnito a San Giovanni Rotondo y con gran asombro al fraile capuchino aquella tarde reconoció. "Ha corrido un riesgo enorme aquella tarde, ¿eh general?", le dijo el Padre Pío.

Bibliografía

www.capuchinos.cl

www.padrepio.catholicwebservices.com

www.corazones.org

Caminando con Jesús

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

p.s.donoso@vtr.net

**Caminando con Jesús – Paz de Jesús – Amigos de Jesús –
Amor a Maria – Nuestra Fe – El Camino de los Santos**

**La Liturgia del Día, todos los días en tu correo,
suscríbete o invita a suscribirse a**

caminandoconjesus-alta@eLista.net